



Francisco
Lazo Martí

SILVA CRIOLLA A UN BARDO AMIGO
CREPUSCULARES

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

Francisco Lazo Martí Escritor y médico nacido en Calabozo, Guárico, en 1869. Descrito como “hombre de pluma y bala”, combinó la práctica altruista de la medicina con su afición a las letras y la política. Colaborador de *El Cojo Ilustrado* y otros periódicos de provincia, su obra no es muy extensa, pero sí de un alto valor literario al dar a elementos locales un valor histórico y universal. Su obra poética comprende: *Silva criolla a un bardo amigo*, *Crepusculares*, *Veguera*, *Flor de Pascua* y *Consuelo*.

« *Los comisarios*. 1940.

Héctor Poleo.

Carboncillo sobre papel.



139

Silva criolla a un bardo amigo

Crepusculares

FRANCISCO LAZO MARTÍ

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájnez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

Silva criolla a un bardo amigo

Crepusculares

FRANCISCO LAZO MARTÍ



Índice

- 15 NOTA EDITORIAL
- 17 **SILVA CRIOLLA A UN BARDO AMIGO**
- 37 **CREPUSCULARES**
- 39 I *En estas horas crepusculares*
- 40 II *Cielo azul, verde pampa, claro río*
- 41 III *A través del discreto claroscuro*
- 42 IV *“Mira”—le dijo—, y bosquejó su dedo*
- 43 V *En amar un color cifras tu anhelo*
- 44 VI *Hermanos por costumbre un tiempo fuimos*
- 45 VII *Unos aman tus ojos porque dicen*
- 46 VIII *Ya no vienen a ti los que de hinojos*
- 47 IX *Blanca y pulida la combada frente*
- 48 X *Cuando a mirarla revolví mis huellas*
- 49 XI *Baja la gota sobre el estambre*
- 50 XII *Queriendo alegre celebrar sus bodas*
- 51 XIII *“Nos vamos a casar”, dice Maruja*
- 52 XIV *¡Escúchame, aquí estoy! del rayo herido*
- 53 XV *Milagro del amor, sobre los nidos*
- 54 XVI *¡Tú sufres, mi Esperanza! De tu duelo*

- 55 XVII *¡Oh cuánta luz en los cristianos templos!*
- 56 XVIII *No sabe el corazón porque palpita*
- 57 XIX *Posan de nuevo en el playón lejano*
- 58 XX *¡Nadie clamó piedad! Rudo y violento*
- 59 XXI *Aquí, junto a las aguas del recodo*
- 60 XXII *Detrás: la margen del sagrado río*
- 61 XXIII *Por ley eterna que el amor combina*
- 62 XXIV *¿Por qué te quejas de que el sol airado*
- 63 XXV *Por fuerza inmaterial que amor entraña*
- 64 XXVI *En las ramas del verde limonero*
- 65 XXVII *Nadie en lo firme del peñasco crea*
- 66 XXVIII *Rubio niño de mórbido contorno*
- 67 XXIX *No hay tálamo más bello que esa rama*
- 68 XXX *Rimó de su pasión versos divinos*
- 69 XXXI *Símbolo de piedad, en las quebradas*
- 70 XXXII *A la mano implacable que le acosa*
- 71 XXXIII *Todo queda a la postre confundido*
- 72 XXXIV *Cuando todo es tinieblas en el cielo*
- 73 XXXV *¡Tres años han pasado! Y siempre viste*
- 74 XXXVI *Hay seres tristes que el dolor abate*
- 75 XXXVII *Hay tristezas que viven en la sombra*
- 76 XXXVIII *En luz crepuscular ya se amortaja*
- 77 XXXIX *Por pena impuesta a mi primer delito*
- 78 XL *La vida es el contraste. No me asombra*

- 79 XLI *La vida inagotable de sus dones*
- 80 XLII *En vano es el ardor a que se entrega*
- 81 XLIII *Tu fanal es virtud. El fanal tuyo*
- 82 XLIV *Cada vez que resuelto he descendido*
- 83 XLV *¡Tu vida, trovador, breve termina!*
- 84 XLVI *Ya no vienen a ti los que adoraron*
- 85 XLVII *Mariposa de abril que con los velos*
- 86 XLVIII *Ruge el fiero león en sangre tinto*
- 87 XLIX *Mensajero de amor, a mi ventana*
- 88 L *Blandiendo en tomo picas amoladas*
- 89 LI *Sin recibir las letras de tu mano*
- 90 LII *Siente mi corazón desdén profundo*
- 91 LIII *¡Noche de insomnio cruel, al fin terminas!*
- 92 LIV *Porque Luis, chiquitín que no es ni malo*
- 93 LV *En honda grieta de pasaje estrecho*
- 94 LVI *Por el rudo zarzal aprisionada*
- 95 LVII *¡La media noche, al fin! Triste destino*
- 96 LVIII *Con aire puro y claridad suprema*
- 97 LIX *¡En cuán triste abandono van quedando!*
- 98 LX *El mundo es el gran circo sin salida*
- 99 LXI-LXII *(Almas en pena)*

Nota Editorial

El desencanto y el sentido de realidad llevan a Francisco Lazo Martí a clamar por el retorno a un mundo apartado del fasto y la cortesanía. A la pampa, dice, es tiempo de volver para dejar “que de los años la faena los palacios derrumbe donde el placer es vórtice que atrae y deslumbrada la virtud sucumbe”. Estas palabras, elaboradas de una forma que pareciera no querer ser frontal, son, sin embargo, contundentes: llaman a recuperar en el reencuentro con la tierra algo de pureza, o al menos de genuina honestidad. Está diciendo que en los predios del poder se corrompen las almas y se extravían las voluntades.

Se pierden, incluso, la entereza y la virilidad entre romances de ocasión y bajo atavíos y adornos banales: “No más de insano amor en los festines con mirto y rosa y pálidos jazmines tu pecho varonil, tu pecho exornes”. El ambiente palaciego induce al vicio y distrae de las urgentes tareas que hace falta encarar para enrumbar el país a un destino mejor. Eso siente y eso reclama Lazo Martí, médico y poeta que tiene en su haber la experiencia del arraigo a la tierra y de la decepción política. Porque fue un político activo, que alguna vez actuó directamente para lograr el cambio y que, a pesar del fracaso que supuso la imposición por la fuerza de Cipriano Castro, mantuvo la convicción de que tenía que hacer algo, y descubrió que escribir era una forma de hacerlo. Así que su *Silva Criolla* no es tanto un alegato en favor del retiro a la inmensa dispersión de la llanura que marcó su sensibilidad y su visión del país, sino una arenga a la juventud para que busque dentro de sí misma aquello

que es noble y está libre del influjo de las camarillas que se adueñan de la política.

Que el llamado de Lazo Martí sea tan militante no le resta a su obra fuerza poética ni elegancia en el decir. Por lo contrario, su capacidad para sugerir, metaforizar, para dar candencia y ritmo logran construir un canto deslumbrante, donde se cruzan el sentido de la tierra con la lucidez ética y la belleza con la denuncia: “Es tiempo aún de combatir! Acude, ven a luchar con juveniles bríos por el bien de la raza cuyos lares consagra el almo sol junto a los ríos y cerca de los pródidos palmares. Por el bien de la raza que abandona el rincón sin azares de la vieja ciudad, y repartida sobre la ardiente, solitaria zona, lucha con el dolor y con la vida”. Un combate que tiene un claro objetivo: “Por amor a tu raza en desventura; por esta pobre tierra que el maléfico genio de la guerra convierte ya en enorme sepultura. Por estos seres buenos y sencillos; por este pueblo amado que vive, —noble víctima—, entregado a la ciega ambición de los caudillos”.

Tomar conciencia de ese mensaje arroja otra luz sobre una obra que la tradición escolar leyó como una exhortación a tomar de nuevo el arado y volver de la ciudad al campo. La labranza y el espacio de esa cosecha no son tan literales; Lazo Martí estaba diciendo mucho más. Esperamos que las lectoras y los lectores lo descubran.

LOS EDITORES

Silva criolla a un bardo amigo

Es tiempo de que vuelvas;
es tiempo de que tornes...
No más de insano amor en los festines
con mirto y rosa y pálidos jazmines
tu pecho varonil, tu pecho exornes.

Es tiempo de que vuelvas...
Tu alma —pobre alondra— se desvive
por el beso de amor de aquella lumbre
deleite de sus alas. Desde lejos
la nostalgia te acecha. Tu camino
se borrará de súbito en su sombra...
Y voz doliente de las horas tristes,
y del mal de vivir oculto dardo,
el recuerdo que arraiga y nunca muere,
el recuerdo que hiera
hará sangrar tu corazón, ¡oh, Bardo!

No más a los afanes de la corte
humilles la altivez de tus instintos,
ni turbe de tus noches la armonía
falaz visión de pórticos y plintos
y fúlgida terraza como el día.
Deja que de los años la faena
los palacios derrumbe
donde el placer es vórtice que atrae
y deslumbrada la virtud sucumbe.

¡Ven de nuevo a tus pampas! Abandona
el brumoso horizonte

que de apiñadas cumbres se corona.
Lejos del ígneo monte
ven a colgar tu tienda. Ven felice,
ven a dormir en calma tus quebrantos;
y, como el sol de la desierta zona,
en viva inspiración ardan tus cantos.

 Guárdate de las cumbres...
Colosales, enhiestas y sombrías
las montañas serán eternamente
la brumosa pantalla de tus días.
Deja para otra gente
el gozo de mirar picos abruptos,
y queden para ti las alegrías
de ver, al despertar, alba naciente,
y de abrazar con solo una mirada,
del sur al setentrión, y del ocaso
hasta el fúlgido oriente,
la línea, el ancho lote, siempre al raso,
de tierra natal.

 ¡Ah! De las cumbres
baja la nieve a entumecer las almas:
las almas que han soñado en el desierto
a la rebelde sombra de las palmas
y bajo el cielo azul, claro y abierto.

 ¡Libra tu juventud! El rumbo tuerce
de la fastuosa vía...
en la que el vicio su atracción ejerce

y se tiñe de rosa la falsía.
Donde el amor procaz vive a su antojo,
y cubierta de pámpanos la frente,
celebra en la locura del despojo
parda penumbra y carnación turgente.
Si es oro la lisonja —al pravo y fiero
señor— de cuantos míseros se humillan—
desprecia el arte vil, por lisonjero
en que nombres y almas se mancillan.
Y si quieres al fin que no te alcance
de la vergüenza el dardo,
de igual manera que al hiriente cardo
a la pasión venal esquivá el lance.

Es tiempo de que vuelvas;
es tiempo de que tornes...
No más de insano amor en los festines
con mirto y rosa y pálidos jazmines
tu pecho varonil, tu pecho exornes.

I

Torna a soplar del Este
el viento alegre y zumbador. Ondea
cual agitada veste
el sedoso follaje. El sol orea
la charca pantanosa,
y por el reino de la luz pasea
legión de garzas de plumaje rosa.

Florecer es amar...

Sobre la falda
de las toscas malezas entreteje
la parásita en flor áurea guirnalda.
Cuelga, blanco vellón, de su costado
el nido comenzado;
regio collar de abiertas campanillas
la trepadora mazamaza enreda;
y en dos porciones la coraza rota
despide al aura leda
del nevado cairel de su bellota
trenza brillante el orozul de seda.

Tras la menuda flor cuaja el uvero
su gajo tempranero;
sus nacarados frutos en el limo
el punzador quiribijul engendra;
la maya erige colosal racimo,
y desprende el merey sabrosa almendra.

Señuelo de su copa en lozanía,
encendidos granates el orore
en mil estuches cría;
emulando la escarcha
el espinito su jazmín estera;
y del verde mogote en la cimera
abre su flor simbólica la parcha.

En el aire, en la luz, en cuanto vive,
amor su aliento exhala;
y su aliento febril —tras el espeso
ramaje que es baluarte y es escala—
estremece del pájaro travieso
el mullido plumón bajo del ala.
Torrente luminoso
de cumbre cenital se precipita;
del árbol generoso
la regalada sombra al sueño invita;
por la margen del caño
espárcese el rebaño;
tiemblan reverberando los confines,
y borracha de sol y miel llanera
celestes mariposa mensajera
batiendo va sus cuatro banderines.

II

Ya no viene bramando cual solía
al declinar el día
por uno y otro rumbo la vacada;
ni plantado en mitad del paradero
escarba y muge fiero
el toro padre de cerviz cuajada.
Ya no turba el reposo de los hatos
madrugador lucero
ni despiertan el eco adormecido
el amante reclamo del bramido
a la par de la copla del vaquero.

A más benigno suelo,
a más fértil región de aguas profundas
y de lucientes pastos regalados:
a las islas distantes y fecundas
fuéronse al fin pastores y ganados.

¡Cantando una tonada clamorosa,
y bajo el fiero sol de la sabana,
al paso lento de la res morosa,
con rumbo al sur cruzó la caravana!

III

Ya dos veces, monstruoso y despiadado,
sobre la tierra pródiga, el incendio
su abanico flamante ha desplegado.
Ya dos veces, por furias impelido,
las yerbas infecundas
su aliento abrazador ha consumido.
Y de pie, sin cejar, y frente a frente
con el río que impasible está delante,
humo y llamas lanzando, su turbante
ha brillado en las noches del desierto
como si fuera un faro ignipotente
clavado en la ribera de un mar muerto.

En línea de combate, a campo raso,
pronta la garra, la mirada alerta,
hambrientos gavilanes, paso a paso,
asediaron del fuego la reyerta.
Consume aún su aliento las entrañas
de los troncos vetustos;
fluye sutil fermento de las cañas
y blanda mirra lloran los arbustos.
Coronando la escuálida macolla
sangriento cardenal bate sus alas;
desvanecidas galas
vertiginoso remolino arrolla;
y sobre el lienzo obscuro del quemado,
de perfiles grotescos,

la ceniza y el aura han dibujado
flores grises y rotos arabescos.

Cuando mengüe la luna habrá verdores
en el fresco bajío;
y cerriles atajos corredores,
y venado bisoño,
en las tempranas horas del rocío,
alegres pacerán tierno retoño.

IV

La riente primavera,
 primavera fugaz, del sol amiga:
 la que lluvia de flores le prodiga
 al monte y la pradera,
 también de seda y oro le regala
 al viejo yerbazal flébil espiga.
 También como la hierba el pobre arbusto
 la primorosa dádiva recibe,
 y de su escasa floración primera
 el botón más hermoso
 prende sobre el cabello revoltoso
 la inocente muchacha sabanera.

¡Oh, luz primaveral! De tu alegría
 el espíritu inundas.
 Por ti es más bello y amoroso el día,
 tú enciendes su pasión, tú la fecundas.
 Tú mueves las canciones voluptuosas
 y los castos arrullos;
 tú brindas al placer lecho de rosas,
 tú incitas a morir las mariposas
 en la dulce embriaguez de los capullos.

¡Oh, florida Estación! Haced que nunca
 turbe dolor violento
 la paz de mis nacientes alegrías...
 Y cuando vuele al fin mi pensamiento,
 cuando vuele hacia allá, cuando yo muera,
 que sea su compañera
 la más brillante aurora de tus días.

V

En estas dulces tardes veraniegas,
cuando el sol que se va, desde lejano
purpurino confín luz moribunda
esparce por el llano;
y del bosque todo rumoroso,
y de un amor desconocido en alas,
por el aire sutil suben serenas
la canción funeral de las chicharras
y la ronca oración de las colmenas.
Cuando se apaga el púrpura sangriento
y brota el color gris:

al horizonte

baña de nuevo en rojo
la columna de fuego que calcina
la tostada maleza del rastrojo.
Y por la faz siniestra de la noche,
y bajo el cielo trémulo y sin nube,
en ondas mueve su plumón, y sube
y la esperanza lleva,
el humo: la plegaria del trabajo;
el holocausto de la roza nueva.

VI

Al tomar frescos hálitos del Norte,
del país de la nieve,
en junco silbador y bora leve
tendrá el estero florecida corte.
Al pie de sus ganados,
y cuando caiga la primera bruma,
volverán los pastores emigrados;
volverán las vacadas
a repletar las cercas y de espuma
a coronar los botes
la linfa de las ubres ordeñadas.
Concertará de nuevo la alegría
el coro de sus voces;
tras de recia labor —ya muerto el día—
caballeros veloces
partirán de amorosa romería;
y al calor del brasero,
cuando la noche pavorosa avance,
cantando irán, de trovador llanero,
la copla, el tono triste y el romance.

VII

Sin amor, sin deber, ¿qué la existencia?...
¡Es tiempo aún de combatir! ¡Procura,
oh Bardo sin ventura,
que cese al fin tu dilatada ausencia!

¡Es tiempo aún de combatir! Acude,
ven a luchar con juveniles bríos
por el bien de la raza cuyos lares
consagra el almo sol junto a los ríos
y cerca de los pródidos palmares.
Por el bien de la raza que abandona
el rincón sin azares
de la vieja ciudad, y repartida
sobre la ardiente, solitaria zona,
lucha con el dolor y con la vida.
Por amor a tu raza en desventura;
por esta pobre tierra
que el maléfico genio de la guerra
convierte ya en enorme sepultura.
Por estos seres buenos y sencillos;
por este pueblo amado
que vive, —noble víctima—, entregado
a la ciega ambición de los caudillos.

VIII

Tus pasos vuelve hacia el hogar, ¡oh Bardo!...

Yace por tierra el matizado velo
 con el cual primavera engalanaba
 los montes de tu suelo.
 Cantando sin reposo, la guacaba
 pide lluvias al cielo;
 conquistan por la fuerza y la osadía
 nidos para el invierno los turpiales;
 en los ralos matales
 mueve el amor trinada algarabía;
 y con tesón rayano del enojo
 en la verde oquedad de la montaña
 el carpintero de bonete rojo
 cincela el tronco hasta la dura entraña.
 Nueva decoración y nuevo encanto
 lucen las atrayentes lejanías
 que tu espíritu amó con amor santo.
 Grises tapicerías
 cubren el horizonte. La llanura
 tiene otra vez reverdecido manto.

Como en aquellos días
 del venturoso tiempo ya lejano,
 en pos de mis pasadas alegrías
 vuelvo a tender la vista sobre el llano.

Caído en la remota lontananza
 sin su manto de gloria
 el moribundo sol parece un cirio

que alumbrase honda cámara mortuoria.
 El viento, sin rumor, apenas riza
 la silente laguna en cuyo espejo,
 invisible dolor vertió ceniza.
 Y con vuelo despacio
 de la tarde a los pálidos reflejos,
 las garzas que se van, que se irán lejos,
 pueblan de cruces blancas el espacio.

Hoy como ayer, andando a la ventura,
 absorta la mirada, lento el paso,
 trayendo margaritas del ocaso
 miro bajar la noche a la llanura.
 ¡Mas, de pronto, pensando que fue triste,
 pensando con dolor, pensando en ella,
 me arrodillo en el polvo del camino
 que en hora igual de gozo vespertino
 recibió la caricia de su huella!

¡Oh, destino de todos los que amaron!
 ¡Oh, destino cruel! ¡Tú me condenas
 a buscar en las móviles arenas
 unas huellas que ha tiempo se borraron!

Llanura o cielo, cúspide o abismo;
 ¡santa naturaleza!
 Para el dolor que vive en tu grandeza
 ¿cuál palabra mejor que tu mutismo?

¡Oh, madre! ¡El áureo broche de tus días,
 y tus campos que amó la Primavera,
 retienen prisionera

el alma de mis muertas alegrías!
 Hoy como ayer, y de la noche oscura
 bajo la inmensa nave,
 en tono triste, quejumbroso y grave
 brota doliente canto en la llanura.
 Y tras breve silencio, cual sonoro
 trueno de burlas al cantor vecino,
 en son de fiesta alcaravanes pardos,
 abierta el ala de purpúreos dardos,
 rompen a carcajadas en un trino.

De pavora o dolor, el grave canto,
 y la seguida estrepitosa burla
 de crueldad casi humana,
 hieren mi corazón; lo hieren tanto
 que anheloso y de prisa me levanto
 a mirar si está sola mi sabana.

Del camino a la vera
 fingen los alineados matorrales
 muda legión de sombras espectrales
 en momentos de espera.

Alada flor de broche diamantino,
 errante flor de fúlgida hermosura,
 flor de luz: el cocuyo peregrino
 irradia en la espesura.
 Y, náufrago en la noche sin ribera,
 mi espíritu se abstrae
 pensando que de un mar desconocido
 el llano es una ola, que ha caído,
 el cielo es una ola, que no cae.

IX

A meditar no acude cual solía
dulce melancolía
en la tumba del sol. ¡Es la tristeza
la que doliente se arrodilla y reza
cuando, para morir, desmaya el día!

Ya las noches no son como eran ellas
propicias al amor. El cielo obscuro
a las almas no atrae. ¡Grietado muro,
por él se asoman pávidas estrellas!

Ya no brilla inclinada hacia el Oriente
la hermosa Cruz del Sur. Barre las hojas
la ráfaga bravía,
y signando la negra lejanía
serpean ligeras llamaradas rojas.

X

¡Es tiempo de que vuelvas!...

Sin mancilla;

te aguarda el viejo amor. Viva te espera
del culto del hogar la fe sencilla.

Se fue la Primavera;

ruge amenazador trueno lejano;
y de soles nublados agorero
la cenicienta garza del verano
tañe al pasar, su canto plañidero.

Crepusculares

I

En estas horas crepusculares:
en estas horas que van llegando,
que van llegando con los pesares:

mientras las aves se van posando
sobre las ramas que mece el viento:
alegre y triste se va volando,

se va volando mi pensamiento,
con ese soplo, por esas ramas,
mi hogar buscando por un momento,
buscando amores, buscando llamas.

II

Cielo azul, verde pampa, claro río,
que desde niño acostumbré a mirarlos
tras el puro cristal del amor mío.

Recuerdos de otra edad, que por mudarlos
el tiempo se ha rendido a la fatiga
sin que llegue su aliento a columpiarlos.

La vieja catedral, la brava ortiga
del muro abierto y de los techos rojos:
el duro banco de la escuela amiga...
¿Cuándo a mirarlos volverán mis ojos?

III

A través del discreto claroscuro,
mirábalo abultar bajo el corpiño
con la turgencia del anón maduro.

Aquello fue la tentación del niño:
agarré con presteza y con empeño,
y resultó culpable mi cariño.

Era yo para entonces tan pequeño
que no recuerdo más... Y por razones
que sólo sabe Dios, con ella sueño
cada vez que maduran los anones.

IV

“Mira” —le dijo—, y bosquejó su dedo,
en el fondo sutil del aire blando,
el vuelo de las garzas, alto y ledo.

Iba hacia el sur el majestuoso bando,
entre nubes plumizas y bermejas
errante media luna semejando.

Y dándole a su acento y a sus quejas
del vuelo y de la luz las agonías:
“Así se irán —añade— si me dejas,
si me dejas de amar, mis alegrías”.

V

En amar un color cifras tu anhelo,
y por amar lo azul tienen tus ojos
la dulce y vaga majestad del cielo.

A tu casta pasión cáusale enojos
que en eso de querer a los colores
tenga yo preferencia por los rojos.

¡El amor es así! Cuando traidores
a herir tu corazón vengan los males,
yo vestiré de rojo mis dolores
y con clámide azul tus ideales.

VI

Hermanos por costumbre un tiempo fuimos;
y con cariño, que la edad confiaba,
¡cuántas cosas hablando nos dijimos!

Insensible al amor, no sospechaba
que tocando su codo con mi codo
en una llama lenta me abrasaba.

Mirándonos al fin, de cierto modo,
sin decirnos palabra, nos amamos:
y desde entonces, sin callarlo todo,
por no rabiar hay cosas que callamos.

VII

Unos aman tus ojos porque dicen
que tus ojos muy tristes y muy bellos
cuando miran a alguien, lo bendicen.

Otros guardan su culto a tus cabellos,
porque tienen del sol y de la gloria
el dorado matiz de sus destellos.

Unos aman tu nombre otros tu historia,
tu historia de pasión y de pureza.
En medio de esa corte transitoria
tan sólo yo prefiero tu tristeza.

VIII

Ya no vienen a ti los que de hinojos
adoraban la fúlgida turquesa,
la fúlgida turquesa de tus ojos.

Ya no seduce tu mejilla ilesa,
ni pide ser cogida y ser besada
tu boca en madurez, húmeda fresa.

¡Huyó de ti la corte enamorada!
Tus espinas, ¡oh rosa!, ya no hieren,
ni provoca el incendio tu mirada...
¡Amores sin amor, cuán pronto mueren!

IX

Blanca y pulida la combada frente;
inmóviles los ojos y sin riego,
como las guijas de agotada fuente;

entreabiertos los labios para el ruego;
abultados los senos bajo el manto;
y triste en la penumbra el perfil griego.

¡Oh mármol! ¡Oh Vestal! ¿Qué miras tanto
hacia el templo del Sol? Tu culto ha muerto;
y tus dioses huyeron con espanto,
y tu Olimpo quedó triste y desierto.

X

Cuando a mirarla revolví mis huellas,
tan pálidas estaban sus mejillas
que pudo comulgar Amor con ellas.

Con palabras que amor hizo sencillas,
No te pareces —díjome— al amado,
y persistió mirándome a hurtadillas.

Su frase era su amor, su amor sagrado
en la noche sin astros de la ausencia.
Para ciertos amores, lo pasado
es flor de extraña, embriagadora esencia.

XI

Baja la gota sobre el estambre;
sobre la gota bajan fulgores;
y sobre todo posa un enjambre,

posa un enjambre con sus amores.
El hombre gira sobre las cosas;
y sobre el hombre con sus dolores,

bajan alegres las mariposas.
Las mariposas de la inocencia,
aún buscando sobre las rosas
licor divino, divina esencia.

XII

Queriendo alegre celebrar sus bodas,
en horas de pasión y de tormento,
amontoné mis esperanzas todas.

La luna apareció, cantaba el viento;
y loco, sin pensar en lo que hacía,
a contarlas voló mi pensamiento.

Jadeando, con amor subía, subía:
y sin llegar al punto apetecido
el vértigo sintió que lo atraía...
Y cayó de pesar desvanecido.

XIII

“Nos vamos a casar”, dice Maruja,
a mí, que cuento más de veinticinco,
ella, que ni los cinco sobrepuja.

“Anda”, yo le respondo. Y con ahínco,
y sin que nada su pudor inquiete,
encumbra su placer con un gran brinco.

Maruja cree que amor es un juguete,
y que amor es también nombre de juego.
Amor, Maruja, amor es un cohete
que va a morir con lágrimas de fuego.

XIV

¡Escúchame, aquí estoy! del rayo herido,
brazo que fuera de mi hogar contento,
el ramo yace que sostuvo el nido.

Mi vida, y cuanto fue dulce tormento
de esperanza y amor, todo se escombra.
Y sólo queda en pie mi pensamiento.

¡Mírame! ¡Soy el mismo que te nombra
la suave y casta, la sin par belleza!
¡Soy a tus pies la sombra de una Sombra!
¡Cúbreme con tus alas, oh Tristeza!

XV

Milagro del amor, sobre los nidos
abierta y sin caer flota la pluma
que da calor a seres ateridos.

Blanco en medio del mar que el sol espuma
sobre la cresta azul del oleaje
el rizo flota de salobre espuma.

Pero sobre mi Amor, ningún plumaje,
ninguna espuma de esperanza flota.
Es mi esperanza un pálido celaje,
una nube sin sombra, alta y remota.

XVI

¡Tú sufres, mi Esperanza! De tu duelo
es testigo el nublado que así vierte
su tristeza en el ámbito del cielo.

Tú temes a los cambios de la muerte,
porque al viento la selva estremecida,
en enorme esqueleto se convierte.

¡Mañana, en cambio: la invisible Druida,
la que arranca las hojas en otoño,
derramará el aliento de su vida
en la tierna esmeralda del retoño!

XVII

¡Oh cuánta luz en los cristianos templos!
Sobre el ara de Dios, ¡cuánta belleza!
De mansedumbre y fe, ¡cuántos ejemplos!

¡Oh santa comunión de la pureza!
¡Oh blando despertar de la criatura!
¡Oh divino temor que sufre y reza!

¡Cuánta ilusión en flor! ¡Cuánta blancura!
¡Cuántos seres de hinojos en la alfombra!
¡Cuánto rumor de pájaro en la altura!
¡Y cuánto deseo lúbrico en la sombra!

XVIII

No sabe el corazón porque palpita,
ni el ave porque canta, ni la estrella
porque alumbra la bóveda infinita.

Oculto fuente luminosa y bella,
la vida, sin dolor ni pena alguna,
palpita o canta, o como sol destella.

¡Vivir es ignorar! Si de la cuna
sustiras por la angélica fragancia:
si vuelves a ser niño, de fortuna
pide que nunca muera tu ignorancia.

XIX

Posan de nuevo en el playón lejano,
que ayer cubriera con su onda el río,
aladas mensajeras del verano,

las aves de color blanco y sombrío:
aves que van diciendo a las riberas,
¡se va!, ¡se va!, con triste vocerío.

Cuando vuelva el invierno, y las primeras
nubes de tempestad surjan remotas,
¿a dónde irán las aves agoreras?
¿en dónde irán a amarse las gaviotas?

XX

¡Nadie clamó piedad! Rudo y violento,
en la selva de rutas ignoradas,
rugió sin tregua el borrascoso viento.

Cuando sobre las ceibas derrumbadas
brilló naciente luz, entre los claros
teníanse en pie dos cañas abrazadas.

¡Almas! cuando el dolor a devoraros
venga sin más piedad, violento y rudo,
al amor acudid para abrazaros
y tejed con las alas vuestro escudo.

XXI

Aquí, junto a las aguas del recodo,
paso el tiempo en mirar cuál van rodando
bajo el limpio cristal grumos de lodo.

Nubes que van sin tregua resbalando,
para nunca flotar; turba podrida,
que al peregrino azul vive acechando.

Belleza es nombre vano. Prostituida
puede el alma brillar. El que sea bueno,
recuerde que en las artes de la vida
arriba está el cristal, abajo el cieno.

XXII

Detrás: la margen del sagrado río.
Delante: el arenal de sopro ardiente.
Arriba: el cielo de color sombrío.

Bajo el desnudo pie la zarza hiriente,
azaroso el camino, el paso incierto,
y triste el alma y la razón demente.

¿A dónde, en cuál rincón de ese desierto,
los huérfanos, los pobres descreídos,
irán a sepultar la fe que ha muerto?...
¡Señor, tened piedad de los vencidos!

XXIII

Por ley eterna que el amor combina
todo en mi rededor canta y florece:
florece o canta o con vigor germina.

El viento volador cantando mece
el perfumado encaje de las frondas
donde la flor abierta se guarece.

¡Sol! De mi Ideal penas muy hondas
las rosas marchitaron: su garganta,
agotado raudal, duerme sin ondas...
¡y todo por amor florece y canta!

XXIV

¿Por qué te quejas de que el sol airado
consume en el botón la rosa blanca
del frondoso rosal que tú has plantado?

¿Por qué soberbia tu manita arranca
las abortadas flores inodoras
en que la vida con dolor se estanca?

Ya que la suerte del rosal deploras,
no dirijas al sol tu acento vano.
¡Plantas hay, con almas soñadoras,
que no florecen nunca en el pantano!

XXV

Por fuerza inmaterial que amor entraña
busca la aguja el polo, eternamente,
y corona la nieve a la montaña.

Ama la ola el arenal ardiente;
la curva, el astro; la empinada roca
el águila que bebe en el torrente.

¡Amor es atracción! Quien no provoca
lance para atraer su fin olvida.
Es a fuerza de amor que el alma toca
la más augusta cumbre de la vida.

XXVI

En las ramas del verde limonero
que ayer de gala amaneció vestido,
se agita y canta el tordo vocinglero.

¡Con cuánta alegre dicha entretenido
se afana el libre pájaro inocente
por colgar a su amor un pobre nido!

¡Grata labor de lo que vive y siente!
¡Cuándo será que al pecho desolado
retorne el ave de la dicha ausente,
a calentar el nido abandonado!

XXVII

Nadie en lo firme del peñasco crea,
que por más hondo que al caer se entrañe
juguete al fin será de la marea.

Con un eterno amor nadie se engañe:
como el cristal purísimo del vaso
no ha de faltar aliento que lo empañe.

Todo a la postre encontrará su ocaso:
en el surco glacial, en la infinita,
en la obscura marea, paso a paso,
la vida, gran raudal, se precipita.

XXVIII

Rubio niño de mórbido contorno,
ángel en una aurora descendido,
libre y desnudo de mundano adorno:

que en esa cuna azul, tu casto nido,
eres como en la ola sin rumores
un sonrosado caracol dormido:

¡sé por siempre feliz! Y si traidores
han de serte el amor y la fortuna,
¡Flor!, ¡Flor ideal de mis amores,
que tu blando sepulcro sea tu cuna!

XXIX

No hay tálamo más bello que esa rama
cubierta de azahar y de verdes
en que hay aroma y culebros de llama,

de la llama que el sol manda a las flores.
No es la pasión razonadora y fría,
esa pasión saciada sin rubores,

en plena claridad de mediodía.
Ola de vientre negro y furor santo,
ese amor, sin piedad ni cobardía,
en un rayo de sol rima su canto.

XXX

Rimó de su pasión versos divinos
a la borrosa luz de los ocasos,
bajo la sombra de llorones pinos.

Ella nunca le amó. ¡Caso de casos!
Y con fulgor de rayo amenazante,
él, de suicida iluminó sus pasos.

¿En dónde el alma está del gran amante,
el alma aquella, trágica y sublime?
¿Irá en la luz escasa y vacilante,
o en el triste rumor que orando gime?

XXXI

Símbolo de piedad, en las quebradas
grietas que surcan la vetusta ruina,
cuelga un festón de hojas enlazadas.

En el friso de forma bizantina,
y bajo el roto alero, habita y medra,
símbolo del amor, la golondrina.

Es el murado corazón de piedra
de quien vive al dolor desconocido,
jamás enrosca la piedad su hiedra
ni remoto ideal fabrica el nido.

XXXII

A la mano implacable que le acosa
opone el ágil pez su escama suave,
y dardo punzador la frágil rosa.

Opone al huracán su remo el ave,
y contra el flanco del peñón desnudo
tajada quilla la velera nave.

Sólo la humanidad, uncida al rudo
yugo del mal, sin brújula ni huella,
se olvida de la palma y del escudo
y contra el muro del dolor se estrella.

XXXIII

Todo queda a la postre confundido:
la vida, por la muerte, y la memoria
por los tristes nublados del olvido.

Para destino igual, igual historia.
El que aprenda la ajena no se olvide
que estudiando la suya alcanza gloria.

La virtud es grandeza, y no se mide.
Ser grande es tener pura la conciencia;
y si quieres caer con honra, pide
consejo a la virtud, no a la experiencia.

XXXIV

Cuando todo es tinieblas en el cielo,
paciente araña, que en matar se goza,
los hilos cambia del zurcido velo.

En él la luz temprana se alboriza;
pero por ley fatal de lo que espera
el viento viene luego, y lo destroza.

¡Trágico fin que al débil exaspera!
Es fuerte quien la herida se restaña,
y con orgullo ante la suerte fiera
firmeza opone así como la araña.

XXXV

¡Tres años han pasado! Y siempre viste,
a la memoria del perdido amante,
el traje, el traje negro, el traje triste.

Para unos, así, ¡cuán elegante!
Y no comprenden, ¡ay! que es alma herida
que lleva ya la muerte en el semblante.

¡Virgen, y llora la viudez querida!
¡Ay del ser que no lucha y se rescata
de la pasión primera de la vida:
porque pasión que vive o triunfa o mata!

XXXVI

Hay seres tristes que el dolor abate,
seres que yacen de pesar postrados
al primer alarido del combate.

Triunfos y gloria les están vedados,
como la dicha inextinguible y pura
a los que están por siempre condenados.

Felices los que llenos de bravura
siguen como las águilas su vuelo,
a través de los nublos de la altura
y contra el rayo asolador del cielo.

XXXVII

Hay tristezas que viven en la sombra,
ya que por miedo a compasión extraña
las guarda el corazón y no las nombra.

A veces dulce la sonrisa baña
en luz de mil fugaces espejismos
los tristes rostros que la pena empaña.

Mas tú, que sólo ves los paroxismos
que mueven tu piedad, y ver no quieres
que hay tristezas que son grandes abismos,
¡oh torpe humanidad, cuán ciega eres!

XXXVIII

En luz crepuscular ya se amortaja
esa cabeza trémula y brumosa,
en que la nieve de los años cuaja.

Borró el tiempo la curva primorosa
de la opulenta forma. El tiempo aleve
mutiló de su seno el mármol rosa.

Y el alma, tiritando entre la nieve,
suspira por los campos abrasados
de aquella juventud, hermosa y breve,
donde duermen sus sueños enterrados.

XXXIX

Por pena impuesta a mi primer delito,
fue la divina luz, luz del Oriente,
la que arrancó a mi labio el primer grito.

Cuando crecí, después, y fui creyente,
del blanco pedestal la duda arranca
mis cándidas creaciones de vidente.

Cuando el invierno que la vida estanca
amortaje mi huerto en primavera,
¿cuál la mano será, piadosa y blanca,
que arranque de mis canas la primera?

XL

La vida es el contraste. No me asombra
tanto florecimiento en las espinas
ni tanto resplandor entre la sombra.

Aura de amor meció sobre las ruinas
el nido, de polluelos rebosado,
y sobre el antro desplegó cortinas.

Perfuma el lodazal lirio nevado;
y sordo al clamoreo de la demencia,
vive junto al dolor desesperado
un cordero dormido: la creencia.

XLI

La vida inagotable de sus dones
a todo cuanto vive y cuanto ama
reparte por igual: fulguraciones

al infinito azul: flor a la rama;
ola y peces al mar; quejas al viento;
ensueño a la pasión; fuego a la llama.

¡Oh póstumo ideal! Si el pensamiento
ha de sobrevivir al que sucumba:
¿Qué luna alumbrará ese firmamento?
¿Qué habrá para la noche de la tumba?

XLII

En vano es el ardor a que se entrega
tu altivo pensamiento en las nubladas
horas de oscura y silenciosa brega.

Quieres sobre unas páginas borradas
el misterio leer: y que desnuda
la verdad de las causas ignoradas

tome forma y color. ¡Conquista ruda,
que tu esfuerzo de Sísifo aniquila!
Luchando en vano entre misterio y duda,
enferma el alma y la razón vacila.

XLIII

Tu fanal es virtud. El fanal tuyo
te libra de mancharte en el pantano,
¡oh rondador, espléndido cocuyo!

Del tenebroso imperio soberano,
a tu luz se incorpora para verte
la nube que dormita sobre el llano.

Vivir para alumbrar, esa es tu suerte.
Guiar por la tiniebla es tu destino.
Acudir sigiloso a nuestra muerte
y prestarnos tu luz para el camino.

XLIV

Cada vez que resuelto he descendido
de la nada en el antro más obscuro
do reposar espera el descreído;

y cual la ola ante el peñasco duro,
he revuelto con furia la pupila
para clavarla en el siniestro muro:

¡su altivez ha vencido!... Mi pupila,
ha vuelto a ver el sol, hermoso y claro.
Ha vuelto a ver sobre la mar tranquila
esquife, remos y en la costa el faro.

XLV

¡Tu vida, trovador, breve termina!
Y ya te aguarda en medio al oleaje
góndola azul de prora diamantina.

La tierra fue tu lóbrego paraje:
y fue tu juventud luz macilenta,
y tu esperanza fue vago celaje.

Ya de tu vida tras la lucha incruenta
enciende el iris su radiosa palma:
y mientras ruge abajo la tormenta,
cruza el ignoto piélago tu alma.

XLVI

Ya no vienen a ti los que adoraron
las ígneas rosas, la color de nieve,
los ojos garzos que jamás odiaron.

La frase lisonjera ya no mueve
tu mano de marfil de azul vetada,
ni aroma el beso entre tus labios bebe.

Huyó de ti la corte enamorada:
tus divinos encantos se deshielan,
y ya se pone el sol en tu mirada...
¡Amor y juventud, cuán presto vuelan!

XLVII

Mariposa de abril que con los velos
de tus alas de seda primorosa
cobijas dos eúcaris gemelos:

Mensajera de amor, ¡oh mariposa!
que sobre flores llenas de rocío
finges rosada nube temblorosa:

tu vista mueve el pensamiento mío
a pensar en mi vida, y en aquella
novia gentil, perdida en un desvío,
¡melindrosa y voluble al par que bella!

XLVIII

Ruge el fiero león en sangre tinto
sobre la tierna víctima inmolada
con el furor soberbio de su instinto.

Surge feliz de la tormenta airada
la blanca vela que la brisa orea.
Salta sobre la ardiente barricada

la chusma vil que triunfa en la pelea,
y vidas nobles con su mano trunca.
Sólo en tu alma impenetrable y fea
el bien y la virtud no triunfan nunca.

XLIX

Mensajero de amor, a mi ventana
el viento gime demandando abrigo,
mientras del claro sol de la mañana

dispara su fulgor por el postigo
rayo primaveral, y sin enojos
me despierta feliz, el buen amigo,

con un golpe de luz sobre los ojos.
¡Y con igual pasión mi alma abierta
quiere al viento que gime en los cerrojos,
quiere al rayo de sol que la despierta!

L

Blandiendo en torno picas amoladas,
la muchedumbre ociosa y turbulenta
ruge como las olas encontradas.

Sobre su faz ceñuda y macilenta
hay algo del furor de los chacales
y algo del furor de la tormenta.

¡Ignoro cuáles son los ideales
de esa turba feroz!... Si fuere cierto
que la muerte da término a los males,
¡Oh! cuán feliz la humanidad que ha muerto.

LI

Sin recibir las letras de tu mano,
que el alma siempre con placer devora,
pensaba yo que el tiempo soberano,

por leyes de piedad consoladora,
solía cambiar en inocente ruego
la tristeza y el llanto del que llora.

Perdón para la ofensa. ¡Estaba ciego!
Nunca la fe de tu pasión primera
creí que alimentase el mismo fuego...
Perdón si te ofendí... ¡Mujer, espera!

LII

Siente mi corazón desdén profundo
por todo lo que va, viene o palpita
en las tormentas cálidas del mundo.

La sangre a claudicar jamás me incita:
y como firme está mi pensamiento
de miedo o de pesar nunca se agita.

La vida es para mí breve momento:
de la muerte no huyo ni me espanto:
cáusame sólo sin igual tormento
mi pobre madre que me quiere tanto.

LIII

¡Noche de insomnio cruel, al fin terminas!
Del mar ignoto en el azul remanso
asoman ya las velas purpurinas.

Empiezan para mí las del descanso
horas deseadas con afán y pena.
El torpe corazón dócil y manso

acaricia impotente su cadena.
Torna a mi mente bienhechora calma;
y cuando el bruto su mirada estrena
comienza a anochecer sobre mi alma.

LIV

Porque Luis, chiquitín que no es ni malo,
se desespera y grita en sus enojos,
la madre le zurró que dio regalo.

Silencióse el chicuelo. Y de sus ojos
bajó un raudal de diáfana vislumbre
y fue a morir entre sus labios rojos.

La escena terminó, como es costumbre,
por un ¡*ven!*, por un beso, por continas
rociadas de piedad y mansedumbre...
¡Que así las madres son siempre divinas!

LV

En honda grieta de pasaje estrecho,
sobre el tosco frontón desmantelado
del hogar infeliz, sin Dios ni techo,

un ave tiene el nido colocado,
y sin temor a viento ni refriega
el ala crece del polluelo amado.

¡Demente humanidad, mísera y ciega!
Aún blasón le das a los que han ido
formando, como el ave solariega,
entre las ruinas del honor, el nido.

LVI

Por el rudo zarzal aprisionada,
recién abierta al sol, ya desfallece
invertida campánula morada.

Blando soplo de amor no la estremece,
ni del rocío la lágrima incolora
en su estrecha corola se guarece.

Así también ¡oh pálida señora!
así también tu alma pervertida
ni amores siente ni tristezas llora...
¡El odio es tu zarzal; la flor, tu vida!

LVII

¡La media noche, al fin! Triste destino,
el de la ciega humanidad proscrita,
que alumbra con hogueras su camino.

Vergüenza y compasión a un tiempo excita
su querer o su suerte. ¡Más dichoso
el cocuyo que pasa y resucita,

al golpe de su válvula, radioso
vapor de luz con que su paso alumbra!
¡Feliz, y más feliz que ese coloso,
que incendia y mata cuando más se encumbra!

LVIII

Con aire puro y claridad suprema,
bajo un cielo turquí de savia henchida,
brota en el ramo la robusta yema.

Y creciente hojarasca, desprendida,
pasa con el revuelto remolino
al gran laboratorio de la vida.

Por cambio igual y por igual destino,
de que seres ni cosas se redimen,
vuelan del mundo en loco torbellino
las almas muertas que matara el crimen.

LIX

¡En cuán triste abandono van quedando
los que la madre muerta han despedido
y siempre a solas viven esperando!

¡Ni un eco ni un rumor han sorprendido
en ese gran misterio a que descienden
las que nos criaron al calor del nido!

¡Y qué pena, si allá, donde se encienden
la estrella y el cometa y la alborada,
viven tiranos que de amor no entienden,
o de piedad para el amor no hay nada!

LX

El mundo es el gran circo sin salida
donde la humana hueste se amaestra
para las grandes luchas de la vida.

Armados todos van a la palestra:
el crimen, de puñal; de escudo y lanza
el heroico valor; de hoz siniestra

la avaricia; de dardos la acechanza;
de sayal la traición y de careta;
de piedad la mujer; y de esperanza
los que sueñan: el niño y el poeta.

LXI-LXII
(Almas en pena)

1

¡No resbala un rumor! El astro muerto,
 partiendo en dos la inmensidad tranquila,
 llena de luz muy pálida el desierto.

Resplandece en el antro la pupila
 fosfórica del búho. Y sobre el llano,
 cansada procesión flota y desfila.

Son las almas en pena: las que en vano
 rondan el aire sin marcar sus huellas:
 las que en las noches tibias del verano
 van a decir amor a las estrellas.

2

¿Las ves? Acerca más. Son las errantes
 sombras, que se detienen y nos miran:
 que van en pos de estrellas titilantes.

Acerca. Acerca más. ¿Oyes? Suspiran,
 huyendo del fragor que las espera,
 y buscando el fulgor por que deliran.

¡Oh suerte! ¡Oh suerte cruel! ¡Ay del que quiera
 astros para adorar...! ¡Pasión demente!
 Como esas sombras que el dolor lacera,
 besos nunca hallará para su frente.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Imprenta Bicentenario de Carabobo

ISBN

978-980-440-070-4

Depósito legal

DC2022000218

Caracas, Venezuela, diciembre de 2022

La presente edición de
SILVA CRIOLLA A UN BARDO AMIGO / CREPUSCULARES

fue realizada
en Caracas
durante el mes
de diciembre de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Silva criolla a un bardo amigo / Crepusculares Francisco Lazo Martí es considerado uno de los grandes poetas venezolanos de su tiempo. Fernando Paz Castillo lo ubica en el Parnaso de la lírica nacional junto con Andrés Bello y Pérez Bonalde. *Silva criolla a un bardo amigo* es un extenso poema donde predomina la exaltación del llano venezolano, su naturaleza, paisaje, habitantes y costumbres, sin dejar de lado su dimensión sociocultural. Estas ricas exaltaciones del entorno van acompañadas también por la situación de sus habitantes en un entorno hostil, donde “este pueblo amado / que vive, —noble víctima—, entregado / a la ciega ambición de los caudillos”. Es así como en esta *Silva*, se encuentran referencias a las inquietudes revolucionarias que lo invadían; si bien sus imágenes sensoriales corresponden al llano, otorga al poema una dimensión profundamente venezolana. Por otra parte, su sensibilidad y criterio estético se revelan al elegir la forma fija de sus *Crepusculares*, como alternativa más “armónica” que el soneto, en busca de la originalidad desde las particularidades de la lírica. En un escritor como Lazo Martí, quien pasó la mayor parte de su vida rodeado de la pobreza del interior y de los vaivenes de una vida convulsa, sorprende la riqueza de su lenguaje poético, gran erudición y cómo logra amalgamar elementos neoclásicos, parnasianos y simbolistas, incorporados a los temas de la tierra.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

